

*Heme aquí solo en un aeropuerto, apartado en un rincón de la sala de espera, cansado y sediento, abandonado junto a una copa de coñac. Mi nombre es Chéspir, mi alias más exactamente, pero nadie me conoce si no es por él. No sé si me moveré de aquí en algún tiempo, pienso que permanecería muchas horas hasta que algo, no sé qué, me obligara a levantarme de la butaca y tomar el camino a casa, el único lugar que ahora no es mi casa pero donde habito. Me siento ajeno al espacio y al tiempo, quiero decir que no me importan, carecen de sentido o no los necesito. Por lo demás, el espacio y el tiempo, para mí, no se han detenido, simplemente se han desparramado; roto el dique de sus límites, anegan mi absoluta indiferencia. Sólo hay una sensación persistente de abandono, yo abandonado a ella y el sonido de un avión, cualquiera de los que ahora despegan, rayendo mi sentido de la distancia, perdiéndose en la noche hasta que el silencio de la ausencia me circunde como una campana de cristal. Pilar ya no está aquí.*

*No hubiera debido nacer aquel día en que conocí a quien ahora me niega su existencia. Un grupo de amigos nos reunimos en mi casa para pasar el día, preparar una comida especialmente gustosa y divertiros, una de esas sesiones en las que todo el mundo tiene mucho que hacer y se crean numerosas pausas en el trajín para charlar de a dos o de a tres, según la coinci-*

---

dencia de las ocupaciones de cada uno. Pilar vino con ellos y, a lo largo del día, algo como una corriente subterránea de interés mutuo fue anudando nuestros movimientos y recuerdo que todas las plantas de la terraza estaban enhiestas y llenas de colores cordiales. De algún modo y sin que aparentemente nada lo diera a entender, supe que iría en busca de aquella mujer. Pronto. Lo hice.

E hice muchas cosas que nunca antes había hecho así, como perderme una noche en un largo paseo con ella, un paseo excesiva y deseosamente prolongado por ambos hasta que en un momento, alumbrados de cuando en cuando por los faros de los automóviles al pasar, nos estrechamos desde la boca hasta los muslos, en pie, fundidos por una ardiente necesidad de entregarnos, prendidos de un excitado latido, un desbocado temblor en el que se perdían nuestros contornos para ser recobrados de tal modo nuestros que aun el sentido de la gravedad nos parecía inútil, y de pronto nos conocimos sobre la yerba de una noche esbelta, en el resplandor de dos cuerpos enardecidos. Desde aquel día me quise de otro modo y comprendí cuántas formas de afecto empalidecían y cuáles otras cargaban de un nuevo sentido mi historia personal.

Ahora sé que me aguardaban objetos y lugares que sólo conozco en la medida en que se relacionan con Pilar. Objetos que arrinconar y lugares a los que rodear para eludirlos. De pronto, cualquier tarde que no deseo imaginar, pasearé por el parque del Retiro hasta dar con el banco en el que ella estuvo sentada aquella vez. Fue una mala tarde para mí, en la que anduve inquieto y deseando volver a casa, presintiendo que algo sucedía en otro lugar y, de vuelta ya, prolongué esta ansiedad hasta el insomnio, hice un par

---

de llamadas telefónicas y no hubo respuesta. Al día siguiente supe que había escapado de su casa tras encontrar allí a su compañero con una amiga; estuvo vagando un buen rato por las calles desgranando espacios y sensaciones y llegó hasta el parque. Todo el resto de la tarde, hasta comienzos del anochecer, permaneció en el banco, pensando y dejándose llevar. En algunos momentos alguien se le pareció a mí, entre la gente que iba y venía ante ella por el camino de gravilla. Sé muy bien cuál era el gesto de su melancólica pesadumbre; sé también cómo al confundir alguna de aquellas siluetas conmigo se alentó a decirse: —Si fuera él... Yo estaba en otro lugar, y ahora sólo es una escena evocada por la crueldad de mi propia imaginación. Me siento muy mal.

Ha sido de una incomodidad implorante esta despedida. La he habitado con mi desesperación como ahora me desespera, mansamente, el sabor del coñac sobre las huellas del tabaco. La ternura imaginada, la soledad incompatible y tanto más deseada de aquel banco solitario, han llenado la dureza de este adiós de hoy de una amargura seca, enarenada, expresamente crispada de lejanía, de inaccesibilidad, de gestos olvidados en el aire, de astillas, de llanto seccionado en la garganta al borde de las palabras que no he dicho, para qué iba a decirlas, serpientes desoladas. Si me pregunto adónde va ese avión, pienso: tanto da, porque lo terrible es la cantidad de cosas que se despojan de interés cuando el eje que las une desaparece de su lugar. Ahora sólo quedará roer y roer lo que construyó esta historia y, aún peor, lo que no ha podido ser, ese inexistir de lo que ya no va a poder ser. Ahora es volver a casa en algún momento e intentar no darse pena uno mismo, rehuir los espejos y cosas así. Debería abrir el

---

baúl grande y amontonar allí todo lo que me recuerde su presencia, atarlo con una buena sogá y despeñarlo; pero hasta las paredes desnudas la recordarían. Pilar está muy dentro de mí, su partida no es sino el principio de un lento desollamiento. Creo que no merezco esta siniestra pesadilla y no quiero que esté sucediendo, qué absurdo decirlo así, tan sencillamente.

No olvido su cuerpo porque olvidaría el mío. Qué va a ser de mí ahora. Qué voy a sentir y vivir si mi conciencia de la libertad va unida a esa piel cuyo continuo renacer del gozo llamaba con voces interiores nunca antes escuchadas a todo cuanto en mí contenía vida o alcanzaba a vibrar, si alzaba en mí fuerzas elementales que me nombraban con cada una de sus sacudidas. Venas que humor a tanto fuego han dado / médulas que han gloriosamente ardido: en mí desfallecéis ahora y os digo «pudríos ya, pudríos»; oh, dios, reduciré a astillas mi cama con que cruja una sola vez en su nombre; oh, dios, qué sequedad soy ahora, qué inoportuna soledad me cerca exhausta, sin lágrimas, dentro de este desgraciado cuerpo, compañero de castigo, soporte de una mente a la que no tolera en un momento como éste y en cuyo continuo cavilar se ampolla. Roe y roe, ratón de ti, esquinado en esta sala del aeropuerto, roe también la lucidez que te consume, así acabarás antes con tus sufrimientos. Necesito negarme a aceptar cuanto está sucediendo, me niego a aceptarlo y no quiero verlo así; no puedo, no quiero, no lo acepto.

Miro alrededor: cualquier día en cualquier paseo por las calles de mi ciudad puedo ver miles de parejas caminando, ateridas de problemas pero caminando juntos; como también a menudo muchas personas que conozco continúan viviendo juntos o simulan en-

---

*tenderse, conocen a otras numerosas parejas. ¿Por qué, de repente, yo no soy uno de ellos? ¿Qué sucede dentro de mí si soy un ser humano como los demás? ¿Dónde nace esta infelicidad que los demás parecen soportar unidos? Yo no puedo tolerar esta partida de Pilar, no puedo tolerar la soledad otra vez, tengo derecho a la felicidad, a vivir una historia que sea mínimamente estable, mínimamente duradera. Pero basta, basta de gimotear, recupera tu orgullo, al menos poseo una maldita dignidad que me permite escombrar sentimientos y frustraciones indistintamente, así que pongámonos en marcha, santo cielo, no puedo más.*

*Una historia, una relación duradera... Es divertido. Nada que toque con mis manos puede durar, hasta que una artrosis acabe con ellas de una vez por todas, inútiles siempre, incapaces de acariciar perdurablemente lo que mi cuerpo ama, lo que mi mente desea. Sólo yo soy duradero conmigo, pero no fui yo quien me condenó a vivir así, no logro satisfacerme con mi compañía, pero cuanto toco lo deshago, lo sé desde siempre, lo sufro desde que empecé a conocer el placer.*